

este Príncipe, no solo le escribió en su nombre, sino el de otros siete padres los mas venerables del concilio.

Despues de alabar sus virtudes le dice (1): „hemos sabido con sumo dolor, que obscureceis el esplendor de estas grandes cualidades con la incontinencia, y que en vez de fijar la debilidad de vuestro corazon tomando una esposa legítima, os abandonais, segun la variedad de vuestros deseos, á todos los objetos que se os presentan, sin escluir las religiosas. No ignorais, Señor, la enormidad de este pecado, que se mira con razon por los fieles como uno de los primeros que escluyen del reino de Dios. ¿Qué digo? Los mismos moradores de la antigua Sajonia, abismados en las tinieblas del paganismo, de las cuales tenemos nosotros la felicidad de haber salido, castigaban terriblemente la disolucion y el adulterio. Si una doncella incurria en la debilidad de deshonar la casa paterna: si una esposa manchaba el tálamo nupcial, la obligaban algunas veces á ahogarse con sus propias manos, y despues de haber quemado su cuerpo, colgaban al cómplice en un patíbulo. Otras veces juntándose una multitud de mugeres arrastraban con indignacion á la delincuente, y cortándola el vestido hasta la cintura, la azotaban y herian con cuchillos hasta que perdía la vida.” Continúa representándole los efectos perniciosos que produce en los vasallos el mal ejemplo de un Príncipe, particularmente en la nacion inglesa, tan desacreditada ya por sus disolu-

(1) *Bonif. Epist.* 19. alias 5.

ciones en Francia y en Italia. Tuvo la sabia precaucion en un punto tan delicado de escribir al mismo tiempo á Edberto, arzobispo de York, y al presbítero Herefrido, en quienes el Rey tenia puesta toda su confianza.

49. En el mismo año en que se celebró el concilio que condenó en Francia á los dos impostores Adalberto y Clemente, el sacerdote Deneardo, enviado por Bonifacio, pidió y obtuvo la confirmacion pontificia. En 25 de Octubre de 745 juntó el Papa siete obispos con diez y siete sacerdotes y el resto del clero romano, en la basilica de Teodoro en el palacio de Letran (1). Mandaron entrar al sacerdote Deneardo, el cual dijo: „Señor, el obispo Bonifacio, mi maestro, habiendo celebrado un concilio segun vuestras órdenes en Francia, ha privado de la dignidad sacerdotal á los dos falsos obispos Adalberto y Clemente, y ha mandado ponerlos presos con autoridad de los Príncipes. La carta que os presento, os instruirá mas estensamente sobre este particular, cuyo contenido suplico hagais leer en presencia del santo concilio.” Esta carta era de San Bonifacio, y en ella esponia las impiedades y estravagancias de los dos impostores. Leyóse inmediatamente, y aquel respetable congreso con un sentimiento de indignacion mezclado de lástima, conoció que el orgullo habia trastornado el cerebro de aquellos hombres hasta el extremo de creerse superiores á los Apóstoles y á todos los santos mas universalmente reverenciados.

(1) *Tom. 6. Conciliar. pag. 1550.*



En otras dos sesiones se leyó la vida de Adalberto, la carta que queria persuadir haber bajado del cielo, y una oracion compuesta por él mismo. La historia de su vida le suponía otro Juan Bautista santificado en el vientre de su madre, bajo la figura de un ternero que salía de su lado derecho: emblema tan distante de la dignidad evangélica, como análogo á la bajeza del fanatismo. Hacíase aun mas patente la impostura, en órden á la carta locamente atribuida al Hijo de Dios. Júzguese de ella por las palabras con que principia, y se leen en las actas del concilio: „En nombre de Dios: tal es el principio de la carta de nuestro Señor Jesucristo, que decia haber caído del cielo en Jerusalén, y que fue hallada por el arcángel San Miguel en la puerta de Efen, leída y copiada por el sacerdote Icoré. Icoré la envió á la ciudad de Jeremías al sacerdote Talasio: Talasio la envió á Arabia al sacerdote Leoban: Leoban la envió á la ciudad de Vetsania al sacerdote Macruis, el cual la envió al monte del arcángel San Miguel. De allí la llevó un ángel á Roma al sepulcro de San Pedro, en donde están las llaves del reino de los cielos, y en el cual los doce sacerdotes que gobiernan la ciudad, no han cesado por tres dias consecutivos de velar, orar y ayunar.”

Tuvieron la paciencia los padres de aquel concilio de oír toda la serie de este escrito extravagante, cuyo carácter original y ridículo era enteramente conforme á su principio. Concluida la lectura, dijo el Papa: „seguramente, hijos míos, este Adalberto es

un delirante, y los que han dado crédito á sus palabras son como los niños que creen las fábulas como una verdad. Pero nuestro ministerio es igualmente responsable á los débiles y á los fuertes: y supuesto que esta seducción grosera ha sido capaz de alucinar á ciertas personas no menos groseras, nada debemos omitir de cuanto sea capaz de desengañarlas.” Leyóse en consecuencia la oracion de Adalberto, tan extravagante como la carta, y concluyeron la sesion quemando los escritos y condenando los autores. Adalberto y Clemente fueron depuestos de su dignidad, fulminando contra ellos y sus partidarios el anatéma si persistían en sus errores. Notamos que en todos los concilios que se celebraron en Roma en este tiempo, apenas se hallan nombres bárbaros entre los de tantos eclesiásticos; lo que nos persuade que continuaba la costumbre general de no admitir al clericalato mas que á solos los romanos.

50. El Papa Zacarías remitió las actas de su concilio á San Bonifacio, con una carta muy difusa, en la que confirmaba no solo el último concilio celebrado en Francia, sino tambien el que se habia tenido en Líptines, relativo á la contribucion anual de doce dineros por cada familia de siervos á beneficio de la iglesia, para subvenir á las necesidades de la guerra contra los infieles, sarracenos, sajones y frisones (†). En cuanto á los eclesiásticos depuestos, que en vez de hacer penitencia en los monasterios iban á la corte á pretender beneficios, dice el Pontífice

(†) *Zachar. P. Epist. 9. ap. Othol. lib. 2. cap. 7.*



haber escrito sobre el particular á los Príncipes franceses; pero declara que en ningun caso debe permitirse el egercicio ordinario del ministerio á los que fueren notados de deshonestos, homicidas ó penitentes públicos. Acerca de los sacramentos administrados por los eclesiásticos vagabundos, previene, que se averigüe si han usado de la invocacion de las tres Personas de la Trinidad en la administracion del bautismo; y en cuanto á los demás sacramentos, si tenían las órdenes necesarias, en cuyo caso no deben reputarse por inválidos. En otra ocasion se preguntó á Zacarías si debia reiterarse el bautismo administrado por un sacerdote bávaro, que ignorando el latin usó de la fórmula siguiente: *Baptizo te in nomine Patria, et Filia, et Espiritua Santa*. La decision del Pontífice fue, que semejante bautismo, como administrado en nombre de la Trinidad, tenia todas las cualidades esenciales al sacramento; no siendo capáz de invalidarle la simple ignorancia del idioma, siempre que no hubiese algun error.

51. Hasta este tiempo San Bonifacio, condecorado con el palio y con el título de arzobispo desde el principio del pontificado de Gregorio II, todavía carecia de silla fija y de iglesia metropolitana. Los Príncipes franceses de acuerdo con sus obispos en sus últimas asambleas formaron la resolucion de establecer esta metrópoli en la frontera de sus estados hácia el pais de los paganos. La eleccion que hicieron desde luego de la ciudad de Colonia fue aprobada por el Sumo Pontífice; pero respecto á que Gevilib de Ma-

guncia despues de haber hecho alguna resistencia; se habia al fin sujetado á la sentencia de deposicion, hallaron que esta última ciudad era mas conveniente (1). Desde los principios del cristianismo habia sido esta silla metropolitana de la provincia romana, intitulada la primera Germania. Worms llegó á ser con el tiempo metrópoli de estas dos provincias, y Maguncia quedó sujeta á ella. Por consiguiente, fue restaurada en su primera dignidad de metrópoli en favor de San Bonifacio, comprendiendo su jurisdiccion trece obispados, á saber, Strasburgo, Spira, Worms, Colonia, Lieja, Ausburgo, Wirsburgo, Buraburgo, trasladado despues á Paderborn, Erfort, Eichstadt, Costanza y Coira.

52. Al mismo tiempo que en Germania se establecia esta forma de gobierno para las primeras iglesias, se echaban igualmente los fundamentos de los monasterios mas célebres, entre los que ocupa un lugar muy respetable la abadía de Fulda, cuyo establecimiento se debió á San Esturmio. Este Santo nació en Baviera de padres nobles y cristianos (2). Educóle en la virtud San Bonifacio, como á otros muchos jóvenes de distincion que habia tomado á su cuidado. Esturmio estudió la ciencia de las santas Escrituras en el monasterio de Frissar, bajo la direccion de San Wigberto. No solo aprendió los salmos de memoria, sino que penetró sus sentidos morales, los mas afectuosos y sublimes. El candor y la inocencia bri-

(1) *Coint. ann.* 746. num. 34. (2) *Act. SS. Bened. tom. 2. pag. 270.*



llaban en su frente. Su docilidad, su dulzura, sus modales afables y obsequiosos, nacidos de la caridad y de una humildad sincera, le hicieron generalmente amable. Fue ordenado de sacerdote á petición de toda la comunidad, cuyos deseos no tardó mucho tiempo en justificar. Habiendo empezado á predicar en los pueblos de la comarca, fue desde luego favorecido por el Señor con el don de los milagros. Libró á los endemoniados, curó á los enfermos y obró otros mil prodigios mucho mas eficaces que los razonamientos en el espíritu de sus oyentes, los cuales eran casi todos paganos, ó estaban bastante imbuidos en los errores del paganismo. Sin embargo, apenas hacia tres años que ejercitaba el celo de su predicacion cuando volvió á retirarse á la soledad. Sujetó humildemente este deseo al dictámen de su santo maestro Bonifacio, el que despues de un maduro exámen conoció que realmente era una inspiracion del Altísimo. Parece que el Evangelio iba á perder un predicador esclarecido; pero la Providencia disponia que de las escuelas de perfeccion y de celo que iba á establecer este varon admirable, saliese una multitud de operarios que diesen á la Iglesia copiosos frutos. Le dió el santo arzobispo dos compañeros, á los tres las instrucciones correspondientes, y luego los bendijo diciéndoles: „id al bosque de las hayas, y buscad allí un sitio acomodado que pueda servir de asilo á los siervos de Dios.”

53. Penetraron aquellas inmensas y profundas soledades, no viendo en ellas mas que por intervalos la

tierra que pisaban, y el cielo que al parecer se unia con la cima de aquellos árboles antiguos. Al cabo de tres dias llegaron á una llanura que les pareció fértil, y creyeron que era aquella la mansion pacífica que les destinaba el cielo. Fabricaron unas chozas pequeñas, cubriéndolas del modo posible con cortezas de árboles. Tales fueron los principios del célebre monasterio de Hiersfield, en el que permanecieron largo tiempo privados absolutamente de todas las comodidades de la vida. Añadian con fervor ardiente á los ayunos las vigiliass y la oracion, experimentando delicias inefables en aquello mismo que hubiera sido un objeto de desesperacion para las almas cobardes. En fin, Esturmio fue á ver á San Bonifacio, y con santa complacencia le hizo una descripcion del nuevo domicilio. Mas el sabio prelado le dijo: „temo que no estareis seguros en ese lugar, pues me consta que existen todavía cerca de él muchos sajones sumamente bárbaros. Os aconsejo que busqueis otro retiro menos espuesto.”

Atento únicamente Esturmio á seguir los designios del cielo, y á cumplir la voluntad divina, que él no distinguia de la de su superior, apenas hubo vuelto á su establecimiento de Hiersfield, entró con dos hermanos en una barca para subir por el rio de Fulda, y reconocer algun sitio proporcionado. Habiendo remado por espacio de tres dias sin descubrir lugar alguno que les acomodase, volvió Esturmio á dar cuenta al santo obispo, el cual le dijo: „no ceseis de buscar, hermano mio, y sostened vuestra fe con la



esperanza de las misericordias del Señor. Él ha preparado sin duda para sus siervos un domicilio en ese desierto." Esturmio partió esta vez solo, montó en un asno distrayéndose de las inquietudes y fatigas del viage con el canto de los salmos y la oracion continua. Se detenía en cualquier sitio donde le cogia la noche, sin otra precaucion que la de cercar la caba-llería con una especie de empalizada formada de ramas de árboles que cortaba para asegurarla contra los insultos de las fieras. Por lo que mira á su persona, armado únicamente con la señal de la cruz dormía con tranquilidad. Al llegar al camino real de Maguncia, mas allá del desierto cerca de Fulda, halló una multitud innumerable de esclavones que estaban ha-ñándose. Todos eran bárbaros feroces venidos de las estremidades del norte, los que esparcidos en lo interior de la Germania, hicieron en todas partes por espacio de mas de un siglo destrozos horribles; pero se contentaron con mofarse del Santo sin hacerle nin-gun daño.

Pudo al fin hallar un sitio que le pareció digno de los deseos de San Bonifacio. Despues de haberle examinado bien, le señaló cuidadosamente y se dió prisa á ir á dar parte á su maestro. Satisfecho el arzobispo escribió sin dilacion al Príncipe Carloman para obtener el permiso de fundar en él un monasterio; añadiéndole en la carta, que nadie hasta entonces ha-bia ideado esta empresa en las fronteras orientales de sus estados. Carloman accedió gustoso á la solicitud, cediendo además una estension de terreno de cuatro-

cientos pasos en cuadro, y á este efecto mandó es-pedir una acta auténtica de donacion. Para que la fundacion fuese mas ventajosa y estable, juntó á to-dos los señores del pais, obligándolos á que cada uno respectivamente hiciese donacion de los derechos que pudiese tener á aquel territorio. Autorizado Esturmio de esta manera empezó el establecimiento con siete religiosos en el mes de Marzo de 744, nueve años despues de la fundacion de Hiersfield. Al cabo de dos meses, el mismo San Bonifacio llevó muchos albañiles y artífices de todas clases, para que ayudasen á los monges que se empleaban en las obras, careciendo de medios para edificar la iglesia, y aun para des-montar el terreno. Entretanto el santo arzobispo se retiraba á un monte inmediato para entregarse á la contemplacion, el cual con este motivo fue llamado monte del obispo. Se dió al monasterio el nombre del rio de Fulda, á cuya orilla fue edificado.

En el segundo año volvió el prelado al monaste-rio para dar á los monges las primeras instituciones de la vida regular. Les propuso á Esturmio por abad, é hizo que todos conviniesen en no usar mas que de la cerbeza, absteniéndose para siempre del vino y de todo licor fuerte. En lo demás se siguió la regla de San Benito. Continuó el celoso pastor cuanto le fue posible en visitarlos todos los años. Habiendo deter-minado los monges enviar alguno de sus hermanos á los monasterios mas célebres del occidente para apren-der su disciplina, encargó el prelado esta comision al abad Esturmio, el que marchó en compañía de



dos hermanos el año cuarto de la fundacion. Visitó principalmente los monasterios de Roma y el de Monte-Casino; y recorrió todos los de Italia, en cuya espedicion empleó un año entero. Volvió á su comunidad cargado de un precioso caudal de egemplos de virtud los mas edificantes y perfectos. El fervor de los discípulos correspondió al celo del abad. Prosperaba cada dia mas el nuevo establecimiento, y acudían á él muchas personas distinguidas para consagrarse á Dios y hacerle un sacrificio de todas sus riquezas. La buena opinion de Fulda era un clarín sonoro que resonó en las provincias mas remotas, y el fundador tuvo el consuelo de ver en poco tiempo reunidos cuatrocientos religiosos sin contar los novicios.

54. Una santa emulacion animó á las mugeres para resolverse á buscar las verdaderas delicias en la soledad y retiro. Innumerables cristianas se juntaron desde luego en el lugar llamado Biscofheim, es decir, morada del obispo, de donde salieron con el tiempo muchas abadesas para varios monasterios. La Alemania debió igualmente esta institucion á las islas británicas. San Bonifacio hizo venir de Inglaterra á su parienta Santa Lioba, consagrada al Señor en la flor de su juventud en el monasterio de Wimburn (1). Joven, dotada de un talento superior, tan idónea para los negocios y las letras como para los egercicios regulares y las obras de manos, manifestó una verdadera aptitud para las ciencias, y casi sin estu-

(1) *Act. SS. Bened. tom. 4. pag. 249.*

dio adquirió tal conocimiento de las lenguas antiguas, que llegó á hacer versos latinos: circunstancias que en aquellos tiempos acreditaban la habilidad mas extraordinaria. Pero la reputacion de sus virtudes era superior á la de sus talentos. No tardó en coger los frutos de este dichoso conjunto de bellas cualidades. Las costumbres feroces de los germanos se suavizaron y purificaron al oír solamente el sacrificio heroico de tantas víctimas tiernas que se ofrecían por la salvacion de su pueblo, las cuales añadían al candor de la inocencia las austeridades de los penitentes mas esforzados. No obstante, quiso el Señor probar á sus esposas de un modo el mas cruel para su espíritu.

Una infeliz consumida á fuerza de enfermedades, y que solo se mantenía de lo que se la daba á la puerta de la abadía, se abandonó al crimen; parió un niño, y en las tinieblas de la noche le arrojó al rio que pasaba cerca de aquella casa religiosa. Por la mañana halló otra muger al infante, y esparció mil calumnias por el vecindario diciendo en tono irónico: *¿es este el modo que tienen las religiosas de bautizar á sus hijos?*... El pueblo, siempre esclavo de la primera impresion que se le quiere dar, se amotinó, y corriendo lleno de indignacion al monasterio, prorumpió en injurias y amenazas contra aquellas esposas de Jesucristo. Había salido de él cierta religiosa por motivos conocidos y con permiso de la abadesa, la que la mandó desde luego volver á entrar en el convento. Protestó delante de Dios su inocencia



derramando un torrente de lágrimas, y suplicando á su Magestad que manifestase quién era la delincuente. La abadesa juntó toda la comunidad: mandó que rezasen el salterio en pie con los brazos en cruz. Las condujo luego en procesion al rededor del monasterio por tres veces distintas á las horas de tercia, sesta y nona. En fin, acercándose al altar la santa abadesa, en presencia del pueblo que lo observaba todo con la mayor atencion, levantó las manos al cielo, y derramando lágrimas dijo: „Dios de toda pureza, que os dignasteis escoger á estas esclavas para esposas vuestras, tomad á vuestro cargo el defender la inocencia de las que prefirieron vuestro amor á todos los objetos mortales y perecederos: salvadlas de un oprobio que ofuscaría la gloria de vuestro nombre.” En el mismo instante entró el espíritu maligno en el cuerpo de la infame calumniadora, y confesó su crimen en presencia de todos. El pueblo dió gracias á Dios con grandes aclamaciones. Refiérense otros muchos milagros que obró el Señor por los méritos de Santa Lioba, y de Santa Tecla, otra religiosa que vino en su compañía de la Inglaterra, y que fue abadesa de Chizinga de Mein en la diócesi de Wirsburgo.

55. Mientras que la presencia y vigilancia infatigable de San Bonifacio llenaban de esplendor á la iglesia de Alemania, sus cartas producian en Inglaterra efectos maravillosos. La libertad con que escribió á Ethelbaldo, Rey de los mercienses, lejos de irritar á este Príncipe abandonado á las pasiones mas

violentas, produjo por el contrario un ejemplo brillante del ascendiente de la virtud sobre el espíritu de los grandes, cuando no han llegado á perder todos los sentimientos de rectitud. El Príncipe inglés no se limitó á enmendar sus propios vicios, sino que hizo además de esto celebrar un concilio nacional en Cloveshou el año 747, para el restablecimiento del buen orden y de las costumbres (1). Concurrieron á él, con Cutberto arzobispo de Cantorberi, once obispos, así del pais de los mercienses, como de las otras naciones que componian la Gran Bretaña. El Rey Ethelbaldo quiso asistir en persona acompañado de los grandes de su reino. Abrió Cutberto la sesion presentando dos cartas del Papa Zacarías, relativas á la reforma de las costumbres. Se leyeron desde luego en su lengua original, y se esplicaron despues en lengua vulgar, manifestando todos una atencion dócil y religiosa que caracterizaba entonces á esta nacion entre todas las demás. La carta de San Bonifacio, que fue el móvil de la celebracion del concilio, se recibió generalmente con tanto respeto que se encuentra copiada al principio de las actas.

Pasaron á leer alguna parte de las obras de San Gregorio, reverenciadas con especialidad por la iglesia de Inglaterra; despues de lo cual se leyeron aquellos decretos de los padres que se juzgaron mas convenientes á las circunstancias, y se establecieron treinta cánones para reducir á la pureza de la antigua disciplina las costumbres sacerdotales que tanto influyen

(1) *Tom. 6. Concilior. pag. 1566.*